

# PLAZA DEL VIZCONDE

MÁXIMO CAYÓN DIÉGUEZ  
 PREGONERO DE LA SEMANA SANTA LEONESA 2008

*La Cofradía del Santo Cristo del Desenclavo organizó en 1994 la "I Ronda Lírico Pasional". Como es sabido, se trata de un recorrido romántico por el entorno del barrio de Santa Marina que reúne a cientos de leoneses la madrugada del Miércoles al Jueves Santo. En consecuencia, se invita a un orador para que, en cinco estaciones, realice las consiguientes evocaciones de cada lugar. En la primera edición fue designado mantenedor de este acto Luis Pastrana Giménez, cronista oficial de la ciudad de León, fallecido el 11 de octubre de 2003.*

*Al año siguiente, se encomendó a Máximo Cayón Diéguez poner palabra y sentimiento a esta Ronda Lírico Pasional. Este es el trabajo que leyó Cayón aquel 12 de abril, en la plaza del Vizconde, en pleno corazón del Barrio de la Nobleza, y que puso epílogo y colofón a la Ronda Lírico Pasional de 1995.*

Esta plaza del Vizconde, típica, irregular y acogedora, hemos arribado dispuestos a encontrarnos con la intimidad de la evocación. Su denominación se remonta al siglo XVII. Aquí tenía entonces su casa solariega D. Francisco Luis Flórez Osorio y Guzmán, Vizconde de Quintanilla Flórez, lugar del Ayuntamiento de Quintana y Congosto, muy cercano a La Bañeza, que rivalizaba en fueros, cortesías y enemistades con D. Antonio Rubín de Celis, Señor del Valle del Duerna. Las desavenencias entre uno y otro caballero pronto se manifestaron.

El amor, que, como dejó escrito D. Francisco de Quevedo, 'es hielo abrasador, es fuego helado/es herida, que duele y no se siente', propició el enfrentamiento de ambos caballeros en la Cava de los Descalzos, la calle de la Hoz, ya que ambos pretendían los favores de D<sup>a</sup> María Ramírez de Quesada.

El suceso aconteció el 17 de julio de 1660. El Vizconde, que debía de ser muy diestro con el acero, acabó con la vida de su oponente, huyendo, herido, a refugiarse en sagrado, muy cerca de aquí, en San Isidoro. Y de allí no hubo manera de sacarlo hasta que remitieron las ansias de venganza de familiares y deudos del Señor del Valle del Duerna. Desde aquel sangriento suceso, el pueblo, impresionado por el drama, dio en llamar a este lugar Plaza del Vizconde.

Hasta aquí la escueta cita histórica del rincón. Pero esta plazoleta adonde nos ha encaminado esta lírica peregrinación pasional, en estos Días Santos se transforma en tierra de transición, en prosce-

nio de Crucificados y Dolorosas, de papones y manolas, de devotos y, cómo no, de 'atajadores', que, en palabras de Victoriano Crémer, 'corren en pos de las procesiones y buscan los 'atajos' para cortarles el paso, para estar de continuo en ellas'.

Dos calles confluyen a esta plaza del Vizconde sin solución de continuidad. Una es la calle del Arvejal que, probablemente, recibe esta titulación por haber sido ubicación de las paneras de San Isidoro, así como de sus caballerizas. La otra es la del Convento, clara alusión a las Clarisas Descalzas. Ambas enlazan con la 'Canónica Vieja', actual cardenal Landázuri, que atesora, en su hechura angosta, en su trazado salpicado de candor romántico, todo el sabor que puede acumular una vía urbana que asienta sus cimientos al pie de la torre de las campanas de la Catedral.



Cuando se habla de Semana Santa, cuando estamos recorriendo el Barrio de la Nobleza, que aporta a los itinerarios penitenciales su inveterada fantasía, su personalidad siempre adolescente, cómo eludir que el 11 de febrero de 1605, se fundó, muy próximo a esta plaza, el Convento de Franciscanas Clarisas Descalzas. Procuró su aposento entre nosotros el licenciado D. Francisco de la Calzada, canónigo de la S. I. Catedral, secundado por otro compañero suyo de dignidad eclesiástica, D. Pedro Quiñones Canseco.

Cuatro religiosas, procedentes de Gandía, pertenecientes a la Orden de la Santa Clara de Asís, formaron aquí la primera comunidad de las populares Clarisas Descalzas. Eran Sor Isabel Magdalena, Sor Margarita de la Cruz, Sor Isabel Ana y Sor Ángela Gabriela. Posteriormente, en 1696, se levantó la capilla gracias a los desvelos de otro canónigo catedralicio, D. Francisco Baca Flórez y Acevedo, que proporcionó su propia casa en la calle de Arco de Ánimas, en cuya entrada había una bella portada que ostentaba escudo con dos cabezas de dragón y el emblema, a un lateral, de las linajudas familias de Linazas y Mayorga, y al otro, de los Cabeza de Vaca, de tanto arraigo leonés. Hace veintidós años, toda su fábrica fue renovada. El impulso del tiempo, su acción demoledora, resultó un factor predominante que obligó a llevar a cabo la reforma de este cenobio de Clarisas Descalzas.

Al llegar a este punto, por tradición, por legado de generaciones, por sentido piadoso, de justicia es recordar un hecho que no por conocido es menester soslayar. Acaeció en el primer tercio del citado siglo XVII.

En la plaza de la Catedral, viendo pasar la procesión del 'Nazareno Grande', se hallaban D. Juan Villagómez y su esposa, D<sup>a</sup> Luisa Cabeza de Vaca, en unión de su hija Juana, de cuatro años. Al llegar la sagrada imagen junto a la dicha D<sup>a</sup> Luisa, ésta sintió que la niña tiraba de ella, y al comprobar que la sogá o cordón que pendía del Nazareno había hecho presa misteriosamente el cuello de la criatura, y que la llevaba en dirección al Convento de Santa Cruz, allí mismo la ofreció al Señor, tomando velo en el referido cenobio en 1643, a la edad de quince años, con el nombre de Sor Juana María de San Agustín, la cual falleció en 1698. La sogá o cordón se custodia en las Clarisas Descalzas. Y D. Aurelio Calvo refiere que 'cual preciado relicario la guarda dicha Comunidad en una cajita, juntamente con el velo y otra prenda interior de la religiosa. La sogá, que es de esparto, mide cuatro metros, y lleva a trozos cinco nudos entretreídos, en forma análoga a los cordones del hábito franciscano'.

En honor a la verdad, hace cuarenta años aproximadamente que esta plaza del Vizconde fue incorporada a los itinerarios de las procesiones de Semana Santa.

Hasta mediados de la quinta década de este siglo, la procesión de los 'Pasos', en la mañana del Viernes Santo, que organiza la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, así como el 'Santo Entierro', que los años pares organiza la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, tomaban la calle de Santa Marina, paralela adonde nos encontramos.

La dimensión de los 'pasos' determinó que se suprimiera aquella calle en favor de esta plaza, que el Jueves Santo, hoy mismo ya, la procesión de las Tinieblas y Santo Cristo de las Injurias, organizada, lo mismo que este recorrido lírico pasional, por la Cofradía del Santo Cristo del Desenclavo, cruza en busca del Convento de las Clarisas Descalzas, donde efectúa la ceremonia de desagravio de las treinta monedas que Judas Iscariote recibiera como precio de su felonía.

Cuando la luna de Nisán está a punto de proyectar sobre nuestra ciudad su luz ecuménica, resplandeciente de azules penumbras, el Día del Amor Fraternal nos invita a rememorar los momentos

más solemnes y trascendentales de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor, que es como animarnos a derribar en nuestros corazones el pétreo muro de la soberbia que fabricamos, día a día, con la argamasa de la intolerancia más intransigente, proponiéndonos que sembremos, a manos llenas, la caridad fraterna que Cristo nos legara y San Mateo (5, 43,44) nos recuerda: 'Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por aquellos que os persiguen...'

Cinco estaciones, cinco rincones resonantes de historia y de leyenda, han servido para rastrear, en algunos casos, las huellas de un pasado fecundo en acontecimientos, y, en otros, para atisbar una visión puntual y precisa de este tiempo presente que nos ha tocado vivir.

